

Heike Wanner

Un verano en el campo

Traducción:

LÍDIA ÁLVAREZ GRIFOLL



MAEVA

*A todas las madres, tías y primas de este mundo,
y muy especialmente a las mías. ¡Sois las mejores!*



PRÓLOGO

Peterstal. Masuria. Hace muchos años

¿Amor a primera vista?

No, Marie Thune no creía en esas cosas.

En primer lugar, era demasiado sensata para albergar semejantes sentimientos. En su opinión, esa clase de amor era un invento de los románticos, que habían dedicado noches interminables a trasladar arduamente al papel ideas tan cursis.

En segundo lugar, era muy miope desde la más tierna infancia. Veía borrosas las caras de los desconocidos hasta que estos se encontraban muy cerca. Así pues, ¿cómo iba a enamorarse de buenas a primeras de un extraño si ni siquiera podía verlo bien?

Habría podido ponerse las gafas, claro, pero era demasiado coqueta. El puñetero armazón de alambre con cristales gruesos no solo le desfiguraba la cara, también le presionaba la nariz y le hacía daño. No, fuera de la escuela, prefería ir sin gafas por el mundo. La gente de Peterstal estaba más que acostumbrada a que la maestra del pueblo no los reconociera por la calle, y por eso siempre la saludaban a gritos.

Casi nunca llegaban forasteros a aquel pueblo minúsculo, aislado en medio de prados de hierba húmeda, entre los lagos de aguas cristalinas y los bosques verdinegros de Masuria, la región de los mil lagos de la antigua Prusia Oriental. Poco más de tres docenas de granjas se agrupaban alrededor de la iglesia del pueblo, cuyo campanario negro de madera destacaba por encima de los tejados que le rodeaban. Justo al lado de la iglesia, la casa parroquial, con su revoque blanco, las ventanas de ladrillo y el jardín plagado de flores exuberantes, irradiaba una paz y una

tranquilidad que parecían transmitirse a todo el pueblo y a sus habitantes. Los sucesos bélicos que tenían lugar en el resto de Europa allí se veían muy lejanos y de escasa importancia.

Solo de noche, cuando Marie sacaba las odiosas gafas y se ponía a corregir exámenes en la gran mesa del comedor, oía de vez en cuando las voces estridentes de la radio que, presas de la excitación ante los últimos acontecimientos, por momentos llegaban incluso a quebrarse. El resto de la familia escuchaba el parte con cara de preocupación, pero Marie se había acostumbrado a desconectar de las noticias.

Lamentablemente, por más que se concentrara en las correcciones, no siempre lo conseguía.

Ese era el único factor que perturbaba su apacible vida.

Para ser completamente feliz, a Marie solo le faltaba encontrar al hombre adecuado. Por desgracia, ninguno de los hombres de Peterstal entraba en consideración. La mayoría ya estaban comprometidos o se habían alistado en el ejército, y los restantes eran tan tontos o tan feos que ni siquiera la miopía de Marie podía dibujarles un perfil atractivo.

Pero entonces llegó la tarde de finales de mayo en la que el pequeño mundo intacto de Marie cambiaría para siempre.

La joven volvía del colegio a casa, tomándose su tiempo como de costumbre. Pasó por delante de la rectoría caminando lentamente y aspirando con fruición el aroma de la hierba recién segada. Los vencejos trazaban círculos en el cielo. Marie no podía verlos porque volaban muy alto, pero era imposible no oír sus chillidos alborotados. Embelesada, torció hacia el centro de la calle. Le gustaba esa época del año, cuando la primavera le cedía mansamente su puesto al verano pero todo seguía aún verde, fresco y frondoso.

En ese mismo instante, unos frenos rechinaron y un motorista, vestido con uniforme del ejército, detuvo su vehículo a escasa distancia de sus pies. Espantada, Marie se echó a un lado de un brinco.

—¡Dios mío! —El hombre se bajó de la moto y se quitó el casco—. ¿Se ha hecho daño?

Marie negó con la cabeza y entornó los ojos para poder observar mejor al hombre que tenía enfrente.

—¡A quién se le ocurre cruzar la calle por las buenas! ¿Es que no me ha visto ni me ha oído? —A pesar de la excitación, su voz profunda tenía un tono agradable que a Marie le puso la piel de gallina.

—No —respondió, conforme a la verdad, y dio un paso para acercarse a la motocicleta. Quería saber a quién pertenecía aquella voz cautivadora.

—¿No?

El motorista se echó las gafas protectoras hacia atrás, por encima del pelo. La mirada escrutadora de sus ojos de color verde musgo alcanzó a Marie con toda su fuerza. El corazón comenzó a latirle más deprisa.

—Yo... eh... este... —balbuceó, y volvió a cerrar la boca, sorprendida. No era habitual que no encontrara algo sensato que decir.

—Tenía la cabeza en otro lado, ¿no?

Aquella cara con unos ojos verdes maravillosos esbozó una sonrisa juvenil.

—Podría decirse que sí. Estaba escuchando el vuelo de los vencejos.

Aunque eso se ceñía a la verdad, Marie se dio cuenta de que sonaba extraño.

Como era de esperar, el hombre reaccionó divertido.

—¿Es que hoy vuelan haciendo más ruido de lo normal? —preguntó, y escudriñó el cielo con la mirada.

—Es posible —murmuró Marie.

El hombre se echó a reír.

—Seguro que sí, porque usted no me ha oído tocar la bocina.

—Lo siento.

—No pasa nada. ¿Puedo saber quién se ha cruzado delante de mi moto?

—Me llamo Marie.

—¿Marie? —preguntó sorprendido—. ¡Qué casualidad!

—¿Por qué? ¿Usted también se llama Marie? —Se mordió los labios al instante. ¡Qué pregunta más tonta!

El hombre sonrió burlón.

—No, claro que no. Pero me interesan las ciencias naturales, sobre todo los insectos, y especialmente las mariquitas.

—¿Mariquitas?

—Sí. En Masuria hay muchos escarabajos. Les gusta el musgo y los prados. Por eso es un sitio ideal para estudiarlos.

Marie observó su uniforme.

—Una actividad muy poco habitual para un soldado.

—A veces los soldados también tienen permiso.

—¿Se quedará mucho tiempo?

—Por desgracia, no. Solo quince días, luego tengo que regresar con mi unidad, a Allenstein.

—Eso no está muy lejos de aquí —constató Marie, y se extrañó de que ese hecho la alegrara.

Él asintió.

—Dos horas en moto. Creo que vendré a menudo en verano. El padre Simoneit es un viejo amigo de mi padre.

—Ajá —murmuró Marie, distraída. ¿Qué le estaba pasando?

—Seguramente nos veremos a menudo.

—Mmm... Sí, es probable. —Buscó a tientas el manillar de la motocicleta para apoyarse, porque la mirada de aquel hombre le causaba vértigo.

—¿Se encuentra bien? —Le puso la mano con cuidado debajo del brazo para sostenerla.

—Sí, sí —aseguró Marie. Sin embargo, cuando él retiró la mano, añadió con una sonrisa tímida—: Aunque, la verdad, estoy un poco mareada.

El hombre volvió a sostenerla enseguida por el codo.

—¿Me permite que la acompañe a casa?

Marie bajó los ojos, incapaz de decir nada. La calidez de sus dedos le quemaba la piel. Aquel fuego era totalmente nuevo para ella, y le gustaba. Asustada por sus propios pensamientos, carraspeó:

—Con mucho gusto, ¿señor...? Todavía no sé con quién tengo el placer.

—Me llamo Johann Zabel.

—Johann —susurró Marie, y levantó los ojos para mirarlo. Cuando sus miradas se encontraron, dos revelaciones la asaltaron a la vez.

Primero: el amor a primera vista existía. Aquello era la mejor prueba. Porque acababa de enamorarse locamente de Johann Zabel.

Y segundo: a Johann parecía ocurrirle lo mismo.

Pero ¿acaso eso no era tremendamente insensato?



Dortmund, abril de 2010

1

El segundo miércoles de cada mes, las mujeres descendientes de la familia Zabel se reunían para merendar y charlar.

Desde hacía casi cuarenta años, las gemelas Katharina y Helene, apellidadas Zabel de solteras, mantenían esa tradición. Al principio, en los años setenta, las dos mujeres se sentaban solas a la mesa de la cocina, tomaban café y comían *Streuselkuchen*, un pastel de masa seca, mientras sus hijas jugaban en el cuarto contiguo.

Con el paso de los años, la imagen cambió. Primero, las hermanas se trasladaron a la mesa del comedor, mucho más cómoda. Después, en aras de la salud, se pasaron al café descafeinado y refinaron sus técnicas de pastelería: sustituyeron las aburridas tortas por creaciones llenas de fantasía, como la *Donauwelle*, una tarta de cerezas recubierta con crema de vainilla y chocolate, o la tarta de queso Philadelphia. Y, finalmente, no sin cierta presión, consiguieron que sus hijas, que entretanto se habían hecho mayores, participaran en las reuniones. Así fue como el grupo aumentó a cinco personas: además de Katharina y Helene, en el futuro también se sentarían habitualmente a la mesa Lisa-Marie, Lou y Anne.

Eso sí, las chicas pusieron condiciones. Una de ellas fue fijar en dos horas la duración de los encuentros. Oficialmente porque, por desgracia, su vida privada o profesional no les permitía disponer de más tiempo. Sin embargo, el verdadero motivo era que, más allá de aquellas dos horas, les resultaba imposible seguir encontrando temas de conversación. ¿De qué iban a hablar tres mujeres tan distintas?

Lo siguiente fue convencer a sus madres de que, a partir de entonces, la generación más joven se encargaría de organizar por turnos los encuentros. La anfitriona solo tenía que poner la mesa y las bebidas. De los pasteles se ocuparían las invitadas, también por turnos.

–La palabra mágica es «rotación» –explicó la eficiente Lou a las mujeres de su familia–. De ese modo, ninguna de nosotras tiene que ocuparse de todo el trabajo.

–Hablando de trabajo: solo podemos reunirnos los miércoles –exigió Lisa-Marie, la librera–. Es el único día de la semana que cierro por la tarde.

–Y cuando toque en mi casa, tendré que encerrar a los niños –dijo Anne, preocupada– o no nos dejarán en paz ni un minuto.

–Pero, Anne, ¡mira que eres exagerada! –reprendió Helene a su hija.

–Oh, no, ¡no lo soy!

–¡Mis nietos son un encanto!

–Tal vez contigo...

–¿Podríamos volver al problema real, por favor? –preguntó Lou, que se impacientaba enseguida.

–Los niños son mi problema real.

–Pues no haber traído tres al mundo.

Anne se encogió de hombros y se calló. No tenía sentido discutir de hijos con su hermana. Lou se tomó su silencio como una aprobación y sonrió satisfecha.

–Tema zanjado. Volvamos al principio de rotación. ¿Estáis de acuerdo?

Todas asintieron, pero Katharina y Helene no parecían muy entusiasmadas. De todos modos, se sometieron a los deseos de sus hijas. ¡La cuestión era reunirse con regularidad!

Un miércoles de primavera del mes de abril del año 2010, le tocaba a Lisa-Marie organizar la reunión. De hecho, podría haberse conformado con poner la mesa y preparar café. Sus primas, Lou y Anne, llevarían un pastel cada una. Pero Lisa-Marie

no se atenía a la norma de la rotación. Le gustaba mucho cocinar y lo hacía muy bien.

Además, en un libro de cocina que se acababa de comprar, había encontrado la receta de una tarta de primavera deliciosa y ligera, y quería probarla sin falta. Pensaba adornar la mesa en verde y amarillo, colores que entonaban con la estación del año. Ya había puesto un gran ramo de narcisos sobre la mesa. Después se ocuparía de la vajilla, las servilletas y las velas.

Sin dejar de silbar alegremente en su pequeña y ordenadísima cocina, se dispuso a dar los últimos retoques la tarta, para lo cual repasó antes el final de la receta: «Por último, espolvorear una buena capa de azúcar glas y decorar con flores de mazapán».

Esparció con cuidado el azúcar glas sobre el pastel y colocó encima doce pequeños tulipanes de mazapán. Lo hizo esmerándose en distribuirlos uniformemente por el borde para que todas las porciones tuvieran su propia flor. Acto seguido, dio un paso atrás y contempló su obra.

—Perfecto —susurró, mientras asentía satisfecha.

En ese preciso instante sonó el teléfono. Se limpió las manos rápidamente con un trapo de cocina y se plantó en el pasillo, delante de la cómoda de madera donde estaba el aparato.

—¿Diga?

—Digo, digo —resonó la voz de su madre—. ¿Qué hacías? Has tardado una eternidad en contestar.

—Estaba acabando de decorar una tarta.

—¿Has hecho una tarta? Pero con eso contravienes el principio de rotación —señaló, pronunciando las últimas palabras con marcada lentitud y sarcasmo.

—Ya lo sé. ¿Y qué? Hasta ahora, siempre os habéis comido con mucho gusto mis tartas, tanto si me tocaba a mí como si no.

—En fin, ¿y de qué es?

—Tarta de mazapán, mandarina y requesón.

—Suena delicioso, excepto por el mazapán. No me gusta el mazapán, ¡ya lo sabes!

—Pues claro que lo sé. —Lisa-Marie se observó en el espejo que había encima de la cómoda y comenzó a limpiarse los rastros

de azúcar glas que tenía en la cara—. Pero solo hay mazapán en la decoración de la tarta. Puedes apartarlo y dárselo a la tía Helene.

—Precisamente te llamo por eso. Quería recordarte que pongas una butaca cómoda para la tía Helene. Todavía no puede sentarse muy bien después de la operación de cadera.

—¿Estás segura? El domingo fui a verla y parecía muy a gusto en su silla de la cocina.

—¡Quita, quita! Helene tiene mucha facilidad para disimular el dolor. Siempre ha sido así, conozco a mi hermana.

—Pero Anne dice que se ha recuperado con una rapidez asombrosa.

—Anne no es quién para juzgarlo.

—Es hija de la tía Helene y, casualmente, también estudió enfermería. Diría que es capaz de juzgar cómo está su madre, ¿no crees?

—Pero yo soy su hermana mayor.

—Solo por diez minutos.

—Por eso mismo la conozco tan bien: ya estábamos unidas en el seno materno.

Como siempre, Lisa-Marie no pudo rebatir ese argumento. Tan pronto como la tía Helene o su madre recurrían a su época común en el seno materno, toda objeción resultaba inútil.

—De acuerdo, la tía Helene tiene dolores —zanjó la discusión—. Le pondré la butaca. ¿Algo más?

—No. Nos veremos enseguida y ya hablaremos entonces de lo demás. No hace falta que ahora despilfarremos mi dinero.

—Tienes tarifa plana.

—Y tú tienes que ocuparte de tu tarta.

—No solo eso. Todavía tengo que poner la mesa y arreglarme un poco.

—Pues aún te quedan unas cuantas cosas que hacer. ¡Nos vemos luego! —Con eso, Katharina dio por terminada la conversación.

Lisa-Marie volvió sonriendo a la cocina y comenzó a recoger. Le hacía ilusión que llegara la tarde, aunque aquellas meriendas

no siempre eran pacíficas y tranquilas. Helene, Lou y Anne eran sus parientes más cercanas. Ella no se había casado nunca, y, si bien había habido unos cuantos hombres en su vida, esas relaciones iban y venían; la familia, en cambio, siempre estaría ahí.

La mirada de Lisa-Marie se posó en la fotografía colgada en la parte inferior del tablón de notas. La habían tomado en el comedor de su casa durante el último Adviento y mostraba al grupo alrededor de una mesa decorada con detalles navideños. En realidad, Lisa-Marie había hecho la foto únicamente para inmortalizar la decoración que había montado.

Sin embargo, no solo los dulces de san Nicolás, unas figuritas con ciruelas pasas y nueces, sonreían a cada cual más alegre, las invitadas también habían salido apuestas y risueñas.

Katharina, su madre, y la tía Helene estaban sentadas en el centro, agarradas de la mano. El cabello de la tía Helene, corto y teñido de rojo, contrastaba llamativamente con su blusa de seda verde. Comparada con ella, Katharina casi parecía una mujer conservadora. Sus rizos cortos y grises entonaban perfectamente con la montura plateada de sus gafas y la elegante chaqueta de color lila pálido.

Detrás de la tía Helene estaban sus dos hijas, Anne y Lou, que sonreían con cordialidad a la cámara. No era habitual, porque la sonrisa de Lou solía parecer fría y la de Anne, angustiada. Pero aquella tarde las dos estaban relajadas y de buen humor, seguramente por el vino especiado caliente que Lisa-Marie les había servido.

Anne se había bebido tres tazas. Tenía las mejillas sonrosadas y los ojos le brillaban a causa del *flash*. Le sentaba bien, porque siempre se la veía con la cara un poco pálida y exhausta.

Lisa-Marie había intentado varias veces cambiar el aspecto de su prima. Pero ni el libro de autoayuda *Consejos para mujeres a partir de los cuarenta* ni una cita con una esteticista habían alcanzado el éxito deseado. Anne se negaba a invertir en su imagen más tiempo que el estrictamente necesario. Así pues, llevaba el pelo, que era largo y de color rubio oscuro, recogido en un moño, no usaba maquillaje y se vestía casi exclusivamente con

vaqueros cómodos y camisas. Solo en fiestas muy señaladas cambiaba esas prendas por un vestido elegante.

Lou, la hermana de Anne, era muy diferente. Interiorista de éxito, sabía lo importante que podía ser la primera impresión. Por eso, los mechones de color rubio rojizo de su melena a la francesa siempre le caían exactamente hasta la barbilla. Llevaba un maquillaje discreto, joyas sobrias y ropa práctica pero sumamente elegante. Resumiendo: Lou sabía cómo había que entrar en escena.

En la foto, vestía un conjunto de chaqueta marrón, blusa de color turquesa y pañuelo de seda beis, enrollado con soltura al cuello. Y aunque ella también se había tomado dos tazas de vino caliente, se la veía erguida y con los brazos cruzados delante del pecho: una profesional de los pies a la cabeza.

Lisa-Marie reconocía que le daba un poco de envidia, y con razón. Lou tenía cuatro empleados y le sobraban los encargos. Pero no solo le iba bien profesionalmente, también había encontrado la felicidad en el terreno personal. A principios de año había comprado con su novio, un conocido periodista, un piso grande en el centro de la ciudad y lo había decorado a su gusto. Ahora vivía exactamente la vida que siempre había soñado.

¡Si no fuera tan tremendamente creída y arrogante! A su lado, Lisa-Marie siempre se sentía como una mosquita muerta.

Su mirada se dirigió hacia la parte derecha de la foto, donde aparecía ella. Como había tenido que pulsar el disparador automático y después rodear corriendo la mesa, era la única que salía un poco movida. Sus rizos rubios, que siempre se recogía por detrás de las orejas, se le pegaban desgreñados a las mejillas. Menos mal que se había acordado de utilizar el *flash* previo para evitar los reflejos de los cristales de sus gafas sin montura. Comparada con sus dos primas, se la veía pequeña y frágil, cosa que, para su disgusto, ni siquiera podía corregir con unos tacones altos.

¿Debería probar algo nuevo y cardarse el pelo? La ropa también podía conseguir que una persona pareciera más alta, eso

había leído recientemente en un libro de autoayuda. Allí proponían faldas cortas o pantalones pirata. El fin de semana debería...

Volvió a sonar el teléfono, lo que hizo que se acabaran de golpe las reflexiones sobre estilismo de Lisa-Marie.

—¿Diga?

Al otro lado se oyó un sollozo. Eso bastó para que Lisa-Marie reconociera de quién se trataba.

—¿Mamá? ¿Qué pasa? —preguntó alarmada.

Su madre se sonó ruidosamente la nariz antes de contestar:

—Acabo de recibir una llamada de Baviera. ¡El tío Horst ha muerto!

Más o menos a esa misma hora, Anne recordó de pronto que aún tenía que hacer una tarta.

Había estado fuera toda la mañana. Primero había llevado a los niños a la escuela y hecho la compra. Luego pasó por el taller para dejar el coche de su marido. En casa le esperaba una enorme montaña de ropa limpia, que planchó a mediodía delante del televisor.

Al acabar, recordó la cita de la tarde.

—¡Mierda!

Dejó la plancha encima de la tabla de planchar, fue corriendo a la cocina y abrió el armario que hacía las veces de despensa. Para su alivio, encontró un paquete de preparado para tarta de coco.

De hecho, ella había planeado impresionar a la familia con una sofisticada tarta de queso, con doble fondo crujiente y un relleno de nata batida y requesón descremado. Hasta había comprado los ingredientes.

¿Y ahora qué? Una vez más, se presentaría con un pastel de masa seca que no merecería ninguna atención al lado de las alucinantes creaciones de Lisa-Marie. Además, en la nevera quedarían un kilo de requesón y dos botes de nata esperando en vano a que alguien los utilizara. Pero de eso ya se ocuparía más

tarde. Lo importante ahora era que la tarta sustituta llegara a tiempo al horno.

Leyó por encima las instrucciones del paquete.

«Esta succulenta tarta de coco tiene garantizado el éxito en cualquier mesa. La combinación del bizcocho, ligero y esponjoso, y la ralladura de coco crujiente entusiasmará a su familia.»

—Esperemos que sea cierto —murmuró Anne.

Mezcló el contenido del paquete con dos huevos, una cucharada de agua y 150 gramos de margarina. Luego engrasó un molde desmontable y puso dentro la masa. Justo cuando abría la puerta del horno, su hija Mia entró en la cocina.

—¿Por qué huele tan raro? —preguntó la muchacha.

—Es el horno. —Anne colocó el molde sobre la rejilla y cerró la puerta con un trapo para no quemarse—. Seguro que tus hermanos no limpiaron las migas de la última pizza.

—Mmm, ¡qué rico! —Mia alcanzó una manzana y se sentó en el banco de la cocina—. La tarta con sabor a pizza quemada es uno de mis platos favoritos.

Anne ignoró el comentario.

—¿Cómo es que ya estás en casa?

—No había clase de gimnasia.

—¿Para nadie o solo para ti?

Mia le dio un mordisco a la manzana y masticó a conciencia.

—¡Tómate tu tiempo! —Anne se limpió las manos en los vaqueros y se sentó a la mesa con su hija—. Puedo esperar.

—Vale, confieso. —Mia alzó la mirada hacia el techo—. No me apetecía jugar al voleibol y he dicho que me encontraba mal por culpa de la menstruación.

—¿No se ha fijado tu profesor de gimnasia en que la regla te viene cada dos semanas?

—Es un profesor en prácticas, muy joven y muy cortado. No se atreve a preguntar. Y no pensarás que lleva una agenda para cada una de nosotras, ¿no?

—Probablemente, no.

—Por cierto, era la última clase de gimnasia de mi etapa estudiantil.

–Y, precisamente por ello, ¿no podrías haber asistido esta vez?
–¡Ah, mamá! El olor a sudado de un gimnasio no se olvida nunca. Además, no vendrá de una clase más o menos.

Anne se echó a reír.

–En eso también tienes razón.

–¿No estás enfadada?

–No. Yo odiaba las clases de gimnasia tanto como tú.

Anne miró cariñosamente a su hija. Como todas las mujeres descendientes de la familia Zabel, Mia era rubia y tenía los ojos verdes, pero ambos colores eran muy intensos en su caso. Con sus largos rizos de color trigueño y los ojos verde claro, muy pronto comenzó a causar sensación entre los chicos de su clase. Sin embargo, todavía no se había interesado seriamente por ninguno de sus admiradores. Mia era una chica alegre y abierta, que nunca había causado problemas. Esa primavera, estaba en plenos exámenes finales de bachillerato y sería la primera de los tres hijos de Anne que acabaría la secundaria. No era un pensamiento demasiado agradable porque, con eso, Mia entraría prácticamente en la edad adulta y se iría de casa en un futuro no muy lejano.

Anne suspiró y se obligó a pensar en otra cosa.

–Ya que has vuelto tan pronto, ¿no me acompañarías a la merienda en casa de Lisa-Marie?

–Ah, ¿ya toca otra vez? –Mia sonrió burlona–. Por eso la tarta, ¿no?

–Si me acompañas, podrás comerte un trozo bien grande.

–Podré de todos modos. ¿No te has fijado que siempre sobra algo de tus tartas?

–Supongo que eso significa que no vas a acompañarme, ¿verdad?

–No, eso significa que tus tartas no les gustan.

–Ya me he acostumbrado.

–No te preocupes, mamá, ¡mañana nos comeremos las sobras! Pero tienes razón, no te acompañaré. Tengo que estudiar. El examen de inglés es el viernes.

–¿Podrías entonces ocuparte de que tus hermanos hagan los deberes esta tarde antes de sentarse delante del ordenador?

–Eso está hecho –asintió Mia–. ¿Cuándo volverá papá?

–Ni idea, supongo que como siempre.

–O sea, tarde.

–Ha llamado antes y ha dicho que todavía tiene previstas tres pequeñas operaciones.

El marido de Anne era médico jefe de las clínicas municipales desde hacía dos años.

–Siempre que dice «una pequeña intervención» surgen complicaciones y no vuelve a casa antes de medianoche –dijo Mia–. Pero aquí estoy yo para cuidar de Jan y de Tom.

–¡Gracias! Volveré pronto.

–En la reunión antes de Navidad aguantasteis mucho rato, ¿te acuerdas?

–Eso fue por el vino caliente.

–A lo mejor hoy Lisa-Marie os prepara unos cócteles de primavera...

–Tienes demasiada imaginación –comentó Anne, divertida.

–... o todavía le queda un poco de aquel licor de huevo hecho por ella misma que tomamos en Semana Santa. –Mia se estremeció–. La tía Lisa-Marie me cae muy bien, pero ¡aquel brebaje era imbebible!

–Ella también pasó un mal momento. Me apuesto algo a que hoy se esfuerza el doble.

–Hará... –Mia se interrumpió y comenzó a olfatear–. ¿No hueles?

Anne levantó la cabeza.

–Ya te lo he dicho, son las migas del horno.

–No sé, en ese caso tendría que oler más a queso, ¿no? –Dejó la manzana sobre la mesa y se levantó–. Huele a otra cosa, como a plástico quemado. Y viene del comedor.

–¡La plancha!

Anne se levantó de un salto. Madre e hija entraron juntas en el comedor, donde el televisor seguía encendido. Un humo intenso subía de la tabla de planchar y ya había teñido de negro una parte del techo.

—¡No la toques! —gritó Anne al ver que Mia iba a apartar la plancha de la tabla—. Está muy caliente. —La desenchufó y se puso uno de los guantes que usaban cuando encendían la chimenea—. Esto valdrá.

Con cuidado, agarró la plancha humeante y la llevó a la cocina. Mia, sin perder la calma, echó encima de la tabla una sábana recién doblada y abrió la puerta que daba a la terraza.

En ese momento sonó el teléfono.

—¿Puedes contestar tú? —gritó Anne desde la cocina.

—No —contestó Mia tosiendo—. Estoy apagando el agujero que se ha hecho en la tabla de planchar. Deja que suene.

—¡Ten cuidado!

—Sí, sí...

—¿Puedes?

—Pues claro. Pero me temo que necesitaremos una tabla de planchar nueva.

—La plancha también está para el arrastre.

Anne volvió al comedor y descolgó el teléfono.

—¿Sí, diga? ¿Diga?

—¿Han colgado?

—Sí.

—No sería muy importante.

Lou tenía previsto algo muy especial para la merienda: un rollo de *mascarpone* y café con crema.

Le encantaban las recetas modernas con ingredientes poco habituales, y siempre se tomaba mucho tiempo para prepararlas. Desde que había transformado la cocina en un pequeño palacio cromado, con cristal y mármol, solía pasar tardes enteras delante de los fogones preparando bocados refinados para ella y Christoph, su novio. Habitualmente, él se sumaba abriendo una botella de vino blanco bien frío, que se tomaban sentados a la barra que había en la sala mientras en el horno o en la sartén chisporroteaba algo delicioso.

Ese mediodía, Lou tampoco estaba sola. Christoph, sentado a la mesa de la cocina con el portátil abierto, escribía un artículo sobre la erupción de un volcán en Islandia. Era habitual que trabajara en casa, puesto que entre esas cuatro paredes había más tranquilidad que en la redacción.

A Lou le encantaba tenerlo cerca. El repiqueteo del teclado y su forma de murmurar distraídamente de vez en cuando, tenían cierto efecto calmante.

Mientras desenvolvía la tableta de chocolate a la piedra delante del frigorífico, contempló con disimulo a su novio, que parecía totalmente absorto en su artículo. Ensimismado, se colocaba las gafas, que no había manera de que casaran con su cara morena, los rizos rubios y el cuerpo musculado. No obstante, a Lou le gustaba que no todo fuera perfecto en Christoph. Desde el principio le había fascinado que, detrás de aquel hombre atractivo y con un físico atlético, hubiera algo más que lo que se veía a simple vista. Mucho más.

Canturreando de muy buen humor, comenzó a rallar el chocolate para convertirlo en chocolate en polvo.

–Se ha abierto una grieta muy larga en la caldera de la cima.

–¿Cómo? –Lou levantó la vista del chocolate, confusa.

–El tremor ha aumentado mucho.

–No entiendo nada. ¿De qué hablas?

–Del volcán de Islandia.

–Ah, el Eiafjala... o cómo se llame...

–¡El mismo! –Christoph sonrió—. Por cierto, se llama Eyjafjallajökull.

–Parece que ese volcán te tiene muy preocupado.

–Pues sí. –Christoph se quitó las gafas y se pasó una mano por el flequillo rebelde—. Y si sigue escupiendo ceniza, pronto le preocupará a mucha más gente.

–¿Te refieres a la amenaza de cerrar el espacio aéreo?

Christoph asintió.

–Tendrá que esperar hasta el viernes –bromeó Lou—. Cuando estemos de vacaciones, por mí como si el volcán explota.

Christoph se rio y Lou volvió a concentrarse en el chocolate. Tardó varios minutos en rallar toda la tableta.

—Ahora voy a hacer ruido —avisó a Christoph después de echar un vistazo a la receta—. Tengo que batir la nata.

—No importa —replicó él, sin apartar los ojos de la pantalla del ordenador.

Lou vertió dos botes de nata en un recipiente, añadió cacao en polvo y estabilizante, y puso en marcha la batidora. Mientras esperaba que la mezcla se endureciera, sus pensamientos vagaron hacia las vacaciones inminentes. Ese fin de semana, Christoph y ella se instalarían en un hotel de lujo en el Caribe. El catálogo promocional prometía una calma y un aislamiento absolutos, puesto que el gran complejo turístico solo aceptaba parejas sin hijos. Lou suspiró, ilusionadísima.

Tras las agotadoras reformas y la mudanza al piso nuevo, se había ganado esas tres semanas libres. Esperaba poder dejar atrás el estrés de la oficina y su vida social, a veces realmente agotadora. ¡Por no hablar de la lata de las reuniones con la familia!

Pensar en la merienda de la tarde la devolvió a la realidad. Se dio cuenta justo a tiempo de que la nata ya había adquirido la consistencia adecuada. Apartó enseguida la batidora.

—¿Cómo sigue? A ver... —murmuró, y pasó el dedo por las últimas líneas de la receta.

«Poner la nata montada en una manga pastelera con una boquilla ancha y aplicar formando tobas de distintos tamaños encima del rollo.»

—¿Tobas? —repitió divertido Christoph, y levantó la vista del portátil.

—Supongo que será algo parecido a los rosetones de nata.

—Si no estás segura, llama a tu prima, ella lo sabrá.

—¿A Lisa-Marie? ¿Para que en mi próximo cumpleaños me regale *El pequeño diccionario de la repostería*? Ni hablar.

Christoph se echó a reír.

—¿Existe?

—En la librería de Lisa-Marie hay de todo.

—A mí me parece muy loable que lea todos los libros que tiene a la venta.

—Siempre ha leído mucho. De hecho, en todos mis recuerdos aparece con un libro delante de las narices.

—Hay hobbies más tontos.

—Por supuesto. —Lou se agachó para sacar una manga pastelera grande del cajón inferior—. Lo malo es que es incapaz de guardarse sus buenos consejos, siempre se pasa de lista.

Rellenó la manga y comenzó a distribuir la nata encima del rollo.

—¿Me darás un poco?

Christoph se había plantado por sorpresa detrás de ella. Le sacaba una cabeza, por lo que no le costó pasarle los brazos por encima de los hombros.

—¡No! —Lou le atizó en los dedos, que planeaban peligrosamente sobre la decoración de nata—. La tarta tiene que quedar perfecta, mi familia no aceptaría otra cosa.

—Yo no me preocuparía por eso. Seguro que Anne también lleva algo.

—¡Qué malo eres! —Lou se echó a reír y apartó un poco la bandeja con la tarta, por si acaso—. Anne va siempre tan de cabeza que las tartas ocupan uno de los últimos puestos en su lista de prioridades.

—¿Y las chicas Zabel aceptan esa disculpa barata? —Christoph la rodeó por los hombros y la hizo girar hacia él.

—Mi hermana tiene otras cualidades —dijo Lou, y le dio un ligero beso en la mejilla derecha.

—¿Por ejemplo? —preguntó Christoph, ofreciéndole la otra mejilla.

—Lleva veinte años casada con el mismo hombre.

Esta vez, el beso fue un poco más intenso.

—¡Qué aburrimiento! ¿Algo más?

—Ha traído tres hijos al mundo.

—Los hijos acabarán con ella.

Christoph se inclinó hacia Lou y le acarició los labios con la frente.

—Su marido es un médico reconocido.

Lou apretó con gusto sus labios contra los ojos de Christoph.

—¿Y qué? ¿Cuándo fue la última vez que sorprendió a Anne en la cocina?

—Ni idea. Creo que, en su caso, para que las palabras «cocina» y «sorpresa» aparecieran en una misma frase, sería necesario que explotara el horno.

—¿Quién es aquí el malo? —susurró Christoph, arrimándose aún más a Lou.

—No lo decía con malicia, ella misma comentó una vez algo parecido. —Lou lanzó un suspiro de placer—. ¿Y si cambiamos de tema?

—Se me ocurre uno... ¿Has terminado la tarta?

—Sí.

—¿Y cuánto tiempo nos queda antes de que te vayas?

—Descontando el rato que tardaré en ducharme, más o menos una hora.

—De acuerdo, eso basta para cambiar de tema.

—¿Y qué tema propones? —susurró Lou, aunque ya se hacía a la idea.

En vez de contestar, Christoph la atrajo hacia él.

—Suena tu móvil —musitó entre dos besos.

—¿Y qué?

—¿No vas a contestar? A lo mejor te llaman de la oficina.

—Descartado. Tienen instrucciones claras sobre lo que deben hacer —murmuró Lou mientras le desabrochaba la camisa.

—¿Y si es una de tus familiares?

—Podrá esperar hasta la tarde. —Ya había llegado al ombligo de Christoph—. Además, el tiempo corre. Ya solo nos quedan 58 minutos...